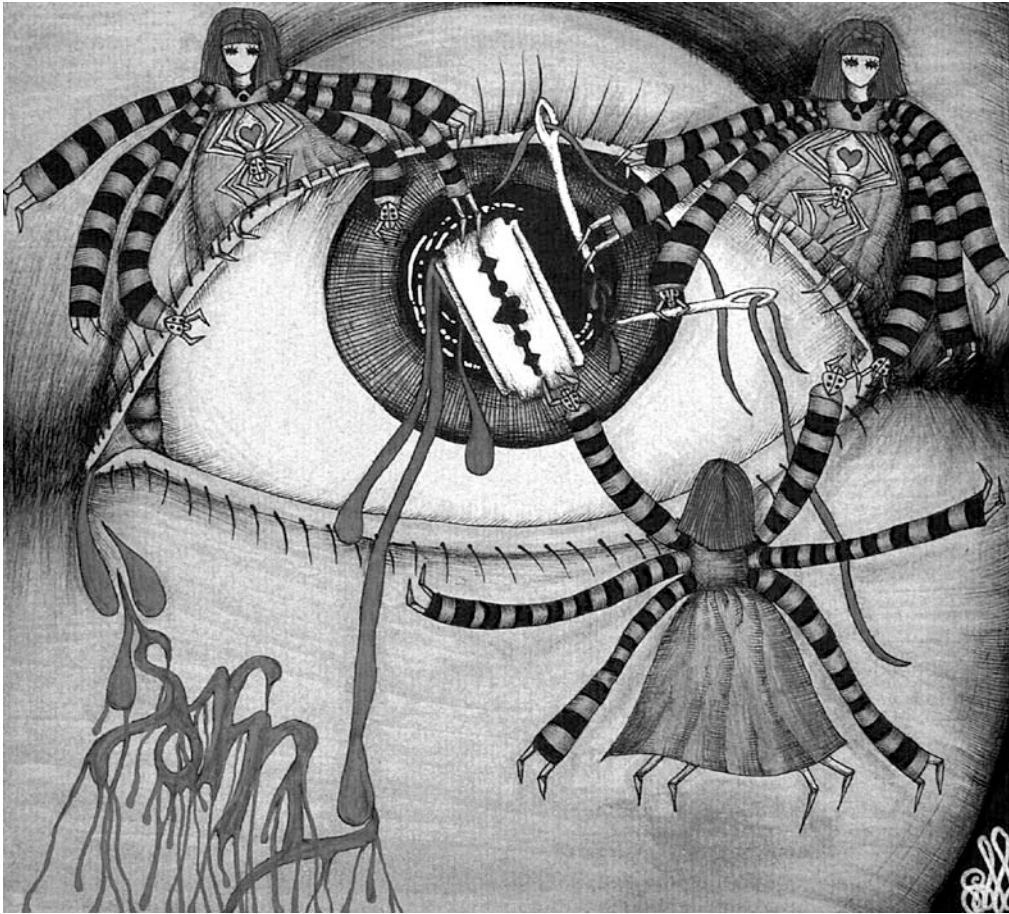


JM Persánch
(José Mariá Pérez Sánchez)

Antonio Machado en el país de los Campos de Castilla

*La historia cuenta lo que sucedió;
la poesía lo que debía suceder.*

~Aristóteles. 384 BC – 322 BC



DRAWINGS © Meriel Longmore

1 de agosto de 1912

¿Será esto lo que llaman muerte? Cerré los ojos. No luché. Me deje llevar. A lo lejos percibía cómo bostezaban las recias colinas, imaginándolas envueltas entre las brumas y neblinas de una madrugada gélida, en nada distinta a las de mi tierra. Fue entonces cuando *recordé mi infancia, mi patio de Sevilla y aquel huerto claro donde maduraba el limonero* y, con todo ello, también *mis veinte años en tierra de Castilla...* Me dejé arrastrar por el deseo inconsciente de conocer al ser con quien aún compartía mi cuerpo: mi propia alma. Me deslicé por los caminos del intelecto, acusándolos de ariscos, maniqueos, falaces, reduccionistas y laberínticos. No contento con ello, traté de romper los puentes que le unían con ese otro mundo. Ya no toleraba más imposición racional. Y no había vuelta atrás. Sin embargo, por un momento temí por mi vida, y con ello me di cuenta que definitivamente ni yo no estaba muerto ni esto había sido mi muerte. Me arrojé inusitadamente a explorar esta nueva realidad. Búsqueda que al principio resultó en frustración. Por más que caminaba, corría y volaba, no escapaba a la nada, una especie de sala de infinita blancura. ¿Estoy soñando pues? Ahora, me descubrí a mi mismo inmerso en este primer sueño lúcido, y acababa de recordar que por rabia había destruido todo punto de encuentro con el mundo racional, y que, por tanto, no sería capaz de obligarme a despertar, y temí que al no poder despertar, me declararan muerto en el mundo de los vivos. La ansiedad provocada por la idea de ser enterrado en vida me condujo a la sensación asfixiante de angustia, y ésta a la desesperación... acto seguido, exaltado, desperté.

El hecho anterior me hizo perder el miedo. Entendí pues que mi alma no me dejaría morir, si yo no aceptaba mi propia muerte en ese mundo onírico. De igual forma que un pecador no es perdonado por Dios hasta que uno no se perdona a sí mismo primero mostrando un arrepentimiento sincero (o eso dicen). Desde ese mismo instante, abracé la vida como sueño, pues en ambas dimensiones desconocía “quién era”, “qué hacía allí” y “a donde iba.” Me acostumbré a vivir en ambas dimensiones como si fueran una. Y, en mi nueva concepción del mundo, aprendí a otorgarle la importancia justa a cada cosa, por nimia que pareciera. Y también, de igual forma que el sol nos da calor de día y la luna luz de noche, me instruí para entregarme de lleno al otro a cambio de nada. Para con ello llegar a ser *en el buen sentido de la palabra, bueno.*

Perdido el miedo, soñando despierto dentro del sueño, comencé a conquistar el mundo onírico. Ahora podía volar, saltar de un continente a otro,